

Historia

Ibn Al-Nafís, Ramón Llull y Miguel Serveto

José M.^a R. Tejerina

En 1924, un modesto estudiante egipcio descubrió, en unos manuscritos del siglo XIII, que la circulación de la sangre ya había sido descrita en tan remotas épocas, por Ibn Al-Nafís.

Los sufíes

Ibn Al-Nafís era un *ollamh*, un médico sufí, que renunció a su casa de mármol y de maderas nobles y a su familia para poderse dedicar por entero al cuidado de los enfermos.

Los médicos sufíes sólo cobraban a sus pacientes «un puñado de cebada» y vestían tosco sayal de lana y ceñidor. Caminaban por los caminos, descalzos, predicando una doctrina secreta; la bondad de la vida, el amor entre los hombres.

Ibn Al-Nafís era «de mejillas suaves, alto, delgado, fervoroso, soltero...»

Y surge una pregunta obligada. Nuestro Ramón Llull, tan vinculado a la cultura musulmana, a la filosofía sufí, que vivió en la misma centuria de Ibn Al-Nafís, ¿no conocería también la existencia de la circulación de la sangre?

Tal vez en un recoveco de alguno de sus innumerables libros, algunos de medicina, aparezca un día la referencia, hasta ahora desconocida, del esencial fenómeno fisiológico.

Miguel Serveto

Increíblemente la doctrina de Ibn Al-Nafís permaneció oculta hasta 1546, fecha en que Miguel Serveto la divulgó en su libro *Christianismi Restitutio*.

Miguel Serveto no era mallorquín, como pretende Lafuente. Había nacido, en 1511, en Villanueva de Sigüenza, en la provincia de Huesca. Su padre, notario, tenía el sobrenombre de *Rebés* o *Revés*, que en catalán significa avieso, contradictorio, obstinado.

Miguel Serveto estudió leyes en Tolosa, Francia, y posteriormente fue secretario en Bolonia de fray Juan de Quintana, confesor de Carlos V. Es por entonces cuando su fe religiosa comienza a vacilar. Realiza viajes a Ginebra, Basilea, Estrasburgo. Se relaciona con los teólogos de la Reforma. En Basilea, en 1531, publica *De Trinitatis Erroribus libri septem* en el que se enfrenta, decididamente, con el dogma de la Trinidad, que no puede admitir, dice, por considerarlo absurdo. Se enemista, a la vez, con católicos y reformados. Es perseguido, acusado de herejía, y se refugia en París y, luego, en Lyon.

En 1537, sin haber iniciado aún los estudios de medicina, publica su único texto médico, *Syruporum universa ratio*, en el que se revela como un gran humanista galénico. El libro alcanzó gran difusión. Critica en él Serveto el galenismo arabizado y afirma que, «la cocción de los humores favorece la eficacia terapéutica de los jarabes». Pero la filosofía del pequeño tratado es más ambiciosa. «Hay que curar sin hacer sufrir», proclama. El jarabe medicinal es el símbolo de un buen quehacer médico. Nada de sangrías, cataplasmas, vejigatorios, cauterios, derivados. No hay que considerar a la enfermedad como un castigo divino por los pecados cometidos. La terapéutica no debe ser un tormento. Todavía, por aquellos años, se ahorraba a los locos, se amorda-

zaba a los aquejados de delirios, se llevaba al cementerio, aún vivos, a los apestados.

Miguel Serveto edulcora sus medicamentos. Preconiza recetas muy curiosas, como el jarabe de licor de hormigas, energético del sistema muscular. Hay que suprimir el dolor y devolver enseguida al paciente *la joie de vivre*; el gozar de la vida honra a Dios, de quien procede toda nuestra existencia.

Juan Calvino

No caben doctrinas más contrarias al sentimiento tenebroso de la vida que tenía el que pronto iba a ser su feroz contrincante; Calvino.

Juan Calvino era un hombrecillo enteco, roído de enfermedades que él mismo gustaba de reseñar; fuertes ataques reumáticos, fiebres cuartanas, cólicos nefríticos, hemorroides, bronquitis crónica. No es de extrañar su mal carácter. Odiaba el sol y las bellezas de la naturaleza; vivía en una calleja sombría, en una casa oscura. Estaba poseído por un fanatismo religioso tan exaltado que llegó a prohibir en Ginebra los espectáculos, las danzas, los cantos, los juegos de naipes, etc. Mandó ahorcar en cierta ocasión a dos jóvenes, un muchacho y una muchacha, que se estaban besando en público.

El mismo año en que se imprime su *Syruporum universa ratio*, Serveto se matricula en la Facultad de Medicina de París. Es condiscipulo de Vesalio y alumno de Silvio y Günther von Andernach. Aprende anatomía.

Ejerce la medicina en Montpellier y en Vienne en el Delfinado, al tiempo que publica libros más o menos heréticos.

La trayectoria vital de Serveto es la de un hombre del renacimiento. Itinerante, enamorado de la vida, exaltado, contradictorio; obstinado, como su padre.

Tenía un temperamento fanático, ve-

hemente. Era un genio y un sofista al mismo tiempo.

La «Christianismi restitutio»

En 1548 se naturaliza francés y comienza la redacción definitiva de la *Christianismi Restitutio*, obra en la que lleva trabajando algunos años y cuyo manuscrito inicial envía a Calvino, provocando en éste tamaña cólera que aseguró que si Serveto entraba en Ginebra no toleraría que saliese vivo. Se imprime la *Christianismi* en enero de 1553. Toda la edición, de mil ejemplares, estampada en Vienne por Baltasar Arnollet, fue destruida por Calvino. Salvo dos ejemplares completos, hoy en Viena y en París; y otro incompleto que se guarda en Edimburgo y al que le faltan el título y dieciséis páginas.

Se conservan, en cambio, muchos manuscritos de Serveto, algunos apócrifos. En la Biblioteca Nacional de París se muestra uno con el texto de la circulación de la sangre que data de 1546.

La *Christianismi Restitutio* es una colección de tratados sobre distintos temas teológicos, más treinta cartas a Calvino, y una *Apología* a Melancton acerca del misterio de la Trinidad. En su libro V, página 170, se encuentra el famoso pasaje de la circulación de la sangre, que comienza así:

«El espíritu vital se encuentra en el ventrículo izquierdo del corazón, gracias sobre todo a los pulmones que lo producen. Es un espíritu ligero elaborado en la fuerza del gran calor de la sangre, de color vivo y de una gran potencia ígnea; es como si dijéramos un vapor lúcido, proveniente de una sangre más pura, conteniendo en sí los elementos del aire, del agua y del fuego.»

El *fuego en el corazón* es un concepto muy arraigado en la fisiología tradicional. Descartes pensaba que el corazón tenía una temperatura elevadísima, que la sangre llegaba a la aurí-

cula derecha desde la cava, hervía, y sus vapores eran exhalados hacia los pulmones.

Con la doctrina expuesta por Serveto se consuma la victoria del corazón sobre el hígado, que deja de ser la fuente de la sangre.

Concluye así Serveto su teoría:

«Este espíritu vital que contiene la sangre es vertido del ventrículo izquierdo del corazón a todas las arterias del cuerpo.» Palabras que atestiguan que Serveto conocía no sólo la circulación pulmonar, sino también la circulación general.

La muerte en la hoguera

El 4 de abril de 1553 es procesado en Vienne Miguel Serveto, por heterodoxo. Consigue huir, ayudado por sus propios carceleros, y se interna en el Lyonesado. Es condenado, por tanto, en rebeldía, a ser quemado a fuego lento en la plaza de Charneck. Pero Serveto teme más a los inquisidores católicos que a los reformistas, erróneamente, y penetra en Ginebra. Donde le espera Calvino, quien le manda prender el 13 de agosto.

El 27 de octubre es condenado, «a ser atado y conducido al lugar de Champel y allí sujetarte a un pilote y quemarte vivo con tu libro, tanto impreso como el escrito de tu mano, hasta que tu cuerpo sea reducido a ceniza...»

Aún no había amanecido. La noche era lluviosa, oscura. Los familiares de Calvino y los arcabuceros con las mechas encendidas rodeaban a un Serveto harapiento, encadenado, de enfebrecidos ojos. Miguel había adelgazado y envejecido durante el cauti-

verio. Tenía el cabello blanco y andaba con dificultad, dolorido como estaba por las muchas lesiones recibidas en el tormento.

La *Route Malombrée* estaba flanqueada por varias horcas de las que pendían unos cadáveres putrefactos. La luz del alba sorprendió al triste cortejo en el «Hoyo del Verdugo», una pequeña explanada en la que se celebraban los autos de fe. Luego subieron todos a una colina, «Les Tattes de Saint Paul». En una ladera del alcor se hallaba la pira, resguardada del viento.

Serveto subió sereno al montón de leña. Un pregonero tocó el clarín y otro cantó la sentencia. Sonaron los pífanos; luego, tres sordos redobles de tambor. La multitud entonó un salmo. Se arrodilló el verdugo ante Serveto y le pidió perdón por tener que cumplir tan cruel deber. Serveto fue encadenado al poste de hierro; le colocaron en la cabeza una corona de sarmientos impregnada en trementina y azufre. Y arrojaron sus libros heréticos a sus pies.

La leña, por benevolencia del sayón, era muy verde, para que el humo asfixiara pronto al reo. Mas tardaba en arder. Las turbas protestaron, impacientes. Unos cuantos exaltados fueron a buscar ramas muy secas a la alquería de los Vernets. Las llamas surgieron, al fin, crepitantes, y envolvieron con sus lenguas de fuego el cuerpo exánime de Miguel Serveto. Se oyó entonces un grito penetrante, agudísimo, horrible. La multitud prorrumpió en exclamaciones de alegría.

Juan Calvino presenciaba el suplicio desde la ventana de una casa vecina.